

La rica solvencia de una novela histórica

La ruidosa marcha de los mudos

JUAN ÁLVAREZ

Planeta, Bogotá, 2015, 214 pp.

EN EL prólogo de su libro *Adiós a los próceres* (Grijalbo, 2010), Pablo Montoya dice, entre otras cosas, que “la Independencia colombiana (...) no fue una época sabia y penetrada por la transparencia. La invadieron, al contrario, la torpeza, el delirio, el equívoco y una gama variopinta de valentías”. Y la novela de Juan Álvarez (Neiva, 1978), *La ruidosa marcha de los mudos*, corrobora plenamente el aserto de Montoya.

Se trata de una narración histórica en la cual Álvarez recrea plenamente la época de la Independencia en Colombia, y donde incluye, cómo no, el incidente que da pie al famoso grito. Pero es una novela, y por lo tanto el autor se toma sus propias libertades (aquí con más derecho, claro, porque es de la libertad de lo que se trata) y nos adentra en una trama en la que el hilo conductor es un mudo, José María Caballero Llanos, hombre humilde y figura clave, andando el tiempo, de las gestas de Independencia. En un inicio, cuando era este apenas un niño de ocho años, en 1773, acompañaba a su padre en labores propias de labriegos y comerciantes que tenían que vérselas con duras cargas en mulas y burras maltrechas, por caminos empinados, quebrados y pantanosos. Metido en estas faenas sufrió un grave percance por los caminos de Choachí (Cundinamarca) al ser botado con estrépito por una burra, lo cual le causó un daño rotundo en la mandíbula y, como consecuencia, una rotunda mudez, aunque por lo demás salió sano y salvo.

En realidad, José María Caballero fue un cronista de la época de la Independencia, autor de unos diarios a los que dio el nombre de *En la Independencia*. De allí el novelista tomó el epígrafe de su obra, parte del cual dice: “Los mismos nuestros son los peores”, refiriéndose a las catástrofes ya ocurridas y a la decepción que llegó a sentir ante la debacle causada por nuestros declarados héroes. Y es en

esas crónicas que se apoya el novelista para construir su historia, haciendo de José María Caballero Llanos (este último apellido inventado por el autor) un personaje de la novela desde el principio, aquel niño que queda mudo a los ocho años y que en los muchos días de afugias, placeres y aventuras revolucionarias, apuntará en diversos cuadernos lo que le va ocurriendo o lo que va pensando. A estos el narrador alude con el nombre de “cuadernos de habla”, y llama “piensos” a las anotaciones del mudo en esos cuadernos.

La forma a la que acude Álvarez, a instancias del narrador de la historia, es una cautivante combinación del lenguaje de la época, finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, y uno contemporáneo, digamos, sobre todo en expresiones populares de nuevo cuño, al estilo de: “Pichan una hora, con ansiedad y desquicio, en medio de vocales primitivas” (se refiere a un momento íntimo entre Nicolasa, hermana media de Caballero, y José María Carbonell, su amante). Ese matrimonio lingüístico da excelentes resultados. Y también son notorias las frases que prescinden de elementos gramaticales, a pesar de lo cual el lector entiende, poco a poco, que todo se debe a unas maneras narrativas de la época. O más bien a unas formas del habla cotidiana, presentes, sin duda, en los diarios de José María Caballero aludidos arriba, los que, por otra parte, mucho tendrán de crónicas que narraban al dedillo lo que iba sucediendo. Elipsis como: “Usad mi nombre como presidente, si eso es lo que necesitáis, pero estáis tontos si creéis que *voy presentarme* en público para refrendar vuestro teatro” (p. 118); o “Nadie está ebrio, aunque los *cántaros vacíos*” (p. 119), son solo dos ejemplos —los énfasis en ambas citas son míos— de muchos que hay en la novela. O la preposición “para”, que se contrae en “pa” tantas veces (sin apóstrofo, como debe ser), sin duda para hacer más natural el lenguaje coloquial de la novela, aunque otras veces se usa “para”. Confieso que no supe descifrar si el autor quería dar una señal usando una u otra en casos particulares; o cuando creí saberlo, supe que no era por ahí la cosa, y entonces abandoné mis “pesquisas”.

A propósito de Caballero y la importancia de sus escritos, Luis Augusto

Cuervo, en “Un cronista meritísimo”, una nota preliminar de la publicación de dichos escritos en 1946, en Bogotá, dice: “Algún día habrá allí [la casa que habitó] una losa recordatoria en homenaje al hombre bueno y patriota, sencillo y veraz, que escribió en sabroso estilo algunas de las mejores páginas de nuestros anales, y que salvó del olvido acontecimientos que son, en síntesis admirable, deliciosos cuadros de costumbres”. Esta novela —digo yo—, tranquilamente, hace las veces de la losa que vaticina Cuervo, y que no sé si exista.

El lector no sabe quién es el narrador, aquel que sigue toda la secuencia de acontecimientos y quien nos presenta al mudo como el hilo conductor de la trama independentista, involucrándolo como uno de los protagonistas, en el sentido de que está allí, de principio a fin. Pero los protagonistas declarados, claro, son otros. Antonio Nariño, Francisco José de Caldas, Camilo Torres Tenorio (con ese segundo apellido, que casi nunca se menciona, se establece la diferencia con su homónimo el cura guerrillero, mucho más reciente, Camilo Torres Restrepo, también muy mencionado en nuestra singular historia nacional), Antonio José Amar y Borbón, Pablo Morillo (“el Pacificador”) y José María Carbonell, entre otros.

Y los títulos de los capítulos también nos dicen a las claras que el novelista no quiere presentarnos en su obra de ficción un panegírico al estilo de los que tanto se acostumbran con un tema que casi nadie se atreve a tocar de manera que no alabe “la historia”, que no respete las intocables tradiciones patrióticas. Vemos títulos como: “Ruidos le hacían las entrañas”, “Diga algo, que parece mudo”, “Emperchados y culisecos”, “Ambas cabezas, así nos lleve el putas” o “Los mismos nuestros son los peores”.

Y vienen entonces las historias que juntas constituyen el período de la Independencia en nuestro país, narrado “con pelos y señales”, pero de una manera entretenida y sin rendirle pleitesía a nada parecido a la “Historia Patria”, o a los héroes que llevamos mal aprendidos desde nuestra educación primaria, o a la muerte dignificada por los más altos valores de amor al país. Criollos y españoles son puestos

NOVELA		RESEÑAS
<p>tal como fueron: tiranos, mezquinos, impulsivos y sedientos de poder. Solapados, despectivos y violentos.</p> <p>Pero el libro menudea en detalles de estos personajes y, de alguna manera, enaltece su presencia en el espacio y el tiempo que les tocó vivir. La deliciosa narración alrededor de las chicherías; el florecimiento y la decadencia de doña Efigenia, madre de José María Llanos; la azarosa vida de Nicolasa, hermana media de Caballero; la de Saúl, hermano de este; los amores de Nicolasa y Carbonell, aparte, pero también parte de los intrínquilos libertarios. Por ello, esta es una novela en toda ley. El lector no saca conclusiones políticas o históricas de todo esto, sino que vive con todos los personajes el paso de sus días, sus amores y sus desgracias, sus defectos personales y sus pequeñas grandezas cotidianas. Cada quien con lo suyo. La conclusión de Caballero Llanos “el Mudo”, el último rayón en su cuaderno: “Los mismos nuestros son los peores y nadie es patria”, expresa claramente que no fueron heroicidades las que ocurrieron. Más bien, pura guerra inútil, como todas. Pura matanza. El narrador se apodera de la conciencia decepcionada del cronista y lo acompaña en sus terribles conclusiones: “Cuánta orfebrería de la muerte. Cuánto maltrato entre paisanos. Cuánto infeliz de intereses empequeñecidos por la propia miseria reinante. Se iba y se venía de la montaña. No de la desilusión” (p. 214).</p> <p>José María Caballero Llanos es quien se gana el cariño del lector, quien se erige como figura central de la narración porque, entre otras cosas, sabe mostrar su desengaño de todo eso y es quien encarna la verdadera humanidad del conflicto. Es él quien humaniza lo que nos han mostrado toda la vida, en un decorado de lindezas, como el valor de nuestros héroes, y quien, por una invención extraordinaria del novelista (un mudo que escribe en cuadernos todo lo que, de otra manera, nunca hubiéramos sabido), muestra las evidencias de realidades militares y políticas hipócritas y asesinas, lo mismo que la delicia de los detalles del lenguaje y la vida cotidiana de unos personajes que terminan siendo entrañables.</p> <p>La enigmática ironía del autor de la novela queda anunciada desde el</p>	<p>principio en la página de la dedicatoria, que aparentemente no tiene nada que ver —pero sí—: “Para mi padre, servidor público en Colombia más de la mitad de su vida, lo que casi se la destruye”.</p> <p style="text-align: center;">Luis Germán Sierra J.</p>	